

6-1-2015

## Introducción

Pedro Karczmarczyk

Warren Montag

Follow this and additional works at: <https://scholar.oxy.edu/decalages>

---

### Recommended Citation

Karczmarczyk, Pedro and Montag, Warren (2014) "Introducción," *Décalages*: Vol. 1: Iss. 4.  
Available at: <https://scholar.oxy.edu/decalages/vol1/iss4/7>

This Pecheux Dossier is brought to you for free and open access by OxyScholar. It has been accepted for inclusion in *Décalages* by an authorized editor of OxyScholar. For more information, please contact [cdla@oxy.edu](mailto:cdla@oxy.edu).

## Introducción<sup>1</sup>

Pedro Karczmarczyk  
Warren Montag

Michel Pêcheux (1938-1983) es uno de los pensadores imprescindibles de la escena francesa de los sesenta y setenta, que, sin embargo, disfruta este prestigio recubierto por una especie de silencio solemne. Filósofo marxista de inspiración althusseriana (autor de valiosos y densos textos sobre el concepto de ideología en *Cahiers pour l'analyse*), “fundador” de una disciplina, la escuela materialista de análisis del discurso, que ha sobrevivido a la mutación ideológica por la cual los setenta dieron lugar a los ochentas, no sin una serie de reacomodamientos que no habremos de analizar aquí ya que en el *dossier* se podrán encontrar distintas versiones y apreciaciones sobre este fenómeno. En este número de *Décalages* hemos querido conmemorar el 30 aniversario de su fallecimiento para preguntarnos, colectivamente, por la vigencia de su pensamiento.

No sorprenderá, en consecuencia, que el volumen se conforme con un gran número de colaboraciones latinoamericanas. Las coordinadas en que se desenvuelve la vida política en Latinoamérica le ha otorgado una fuerza renovada a toda una serie de conceptos provenientes de la tradición marxista, recolocando en la teoría al conflicto y a la confrontación como elementos nucleares del pensamiento político. Con ello Latinoamérica dió vuelta a una página escrita en los años ochenta, en la transición a regímenes democráticos en distintos países luego de sangrientas dictaduras. En aquel momento, las fuerzas progresistas y de izquierda asumieron como propia la tarea de construir instituciones democráticas y desmontar formas culturales “autoritarias” que se habían consolidado al calor de regímenes militares. Las armas escogidas entonces para el combate político, las de un discurso juricista de matriz liberal, eran simultáneamente eficaces e impotentes para lograr los fines que se proponían: la construcción de formas de conflicto político que no volvieran nunca más a caer en formas de “violencia política”. Eficaces, porque el uso de la lengua del derecho parecía constituir, al mismo tiempo, el medio y el fin de lo que discursivamente se construía como

---

1 Agradecemos los agudos comentarios de Mara Glzman.

el reclamo político de “la sociedad”, y porque la apelación a conceptos como el de “cultura autoritaria” suponía una moralización de la política que funcionaba eficazmente como interpelación de la sociedad. Impotentes, sin embargo, porque la adopción de una matriz de pensamiento jurídico-liberal hacía incomprensibles los acontecimientos bajo el signo de los cuales estas sociedades vivían su presente. En efecto, una comprensión histórica y un juicio político restringido a lo que puede comprobarse en un estrado judicial limitaba las perspectivas que las sociedades latinoamericanas lograban adoptar en sus discursos públicos acerca de su presente y su pasado, como si se quisiera capturar un fenómeno tridimensional con una grilla de sólo dos dimensiones. El “retorno de lo reprimido” se hizo sentir en los años noventa, cuando en distintos países de la región posiciones neoliberales accedieron al poder por medio de elecciones legítimas, llevando al gobierno en no pocos casos a funcionarios de las dictaduras militares de los 70. Con el cambio de siglo y la aparición de un conjunto de gobiernos “posneoliberales” en la región, surgieron condiciones más fértiles para repensar la propia historia y el presente latinoamericanos. No es de extrañar, entonces, que en este contexto resurgiera fuertemente el interés por Althusser, ya que su esfuerzo teórico había logrado, por medio de la categoría de sobredeterminación, simultáneamente pensar un espacio de juego relativamente autónomo para la política y realizar una crítica radical del “humanismo teórico” subyacente a la ideología jurídica liberal que por medio de la categoría de responsabilidad operaba la moralización de la política a la que aludimos: todos habríamos sido responsables en una medida semejante de la catástrofe de los setenta.

Este es el contexto en el que cabe ubicar el actual renacimiento del interés por el trabajo de Michel Pêcheux. En América Latina el trabajo de Pêcheux tuvo una recepción temprana, como lo muestran las traducciones de sus textos en *Cahiers pour l'analyse*<sup>2</sup>, la recepción que el semiólogo Eliseo Verón hiciera de su trabajo, la temprana traducción del texto sobre historia de las ciencias,<sup>3</sup> la también

---

2 Nos referimos a los textos de Pêcheux, firmados como Thomas Herbert (“Reflexiones sobre la situación de las ciencias sociales, y de la psicología social en particular” y “Notas para una teoría general de las ideologías” aparecidos en *Cahiers pour l'analyse* n° 2 de 1966 y n° 9 1968, respectivamente) recibieron dos versiones en español. Una versión apareció en Verón, Eliseo (ed.) *El proceso ideológico*, Buenos Aires, Tiempo contemporáneo, 1971, con traducciones de de Marta Carliski y Noelia Bastard, para los artículos de 1966 y 1968 respectivamente. La otra versión apareció en Herbert, Th. y Miller J.-A. *Ciencias sociales: ideología y conocimiento*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1974 con traducciones de Oscar Landi y Hugo Acevedo.

3 Fichant, M. y Pêcheux *Sobre la historia de las ciencias*, Buenos Aires, 1971, trad. de Delia Karsz

temprana recepción de *Les vérités de La Palice* (1975)<sup>4</sup>, aunque este texto aún espera ser traducido al español,<sup>5</sup> su participación en un coloquio sobre discurso político en México en 1978<sup>6</sup> y las traducciones de *Análisis automático del discurso*, junto con el extenso artículo “Mises au point et perspectives à propos de l'analyse automatique du discours” de 1975, escrito en colaboración con Catherine Fuchs, y de *La langue introuvable* (1981) escrito junto con Françoise Gadet.<sup>7</sup> Sin embargo, el caso descollante desde donde el pensamiento de Pêcheux emana su influencia hacia el resto de Latinoamérica es el que se dió en Brasil, sin parangón a nivel internacional. Prácticamente la totalidad de la obra de Pêcheux ha sido traducida al portugués, como así también los trabajos de su equipo y la literatura más importante sobre el tema, además de dar lugar a una caudalosa y variada producción en el terreno del análisis del discurso, tanto a nivel teórico como concreto. El lector encontrará más información en el trabajo de Zoppi y Baldini en este volumen.

En el terreno teórico, hay un rasgo que nos parece distinguir al pensamiento de Pêcheux. Frente a las distintas corrientes textualistas y también frente a las asociadas a la conceptualización del populismo inspiradas en Laclau, la categoría pècheutiana del discurso aparece inscrita bajo la modalización de “no todo”. Este rasgo opera ya en el concepto crucial de “interdiscurso” que aborda la eficacia del discurso no desde las virtualidades de una sistematicidad, sino por medio de la exterioridad constitutiva de la interioridad y de una pluralidad de remisiones que no se reduce a un sistema. El interdiscurso no es totalizable. En este “no todo” se juega, entendemos, el carácter materialista de este concepto y, en definitiva, la herencia del pensamiento marxista en el mismo. En efecto, de modo semejante a la ideología, el discurso, también productor de evidencias, es un todo

---

Esquivel.

- 4 En 1976 apareció una interesante reseña de esta obra en la revista mexicana *Dianoia*, vol. 22, n° 22, a cargo de Corina Yturbe.
- 5 Como indicamos, no hay traducción castellana de esta obra, con excepción a un fragmento publicado en Zizek, S. (ed.) *Ideología: un mapa de la cuestión*, Buenos Aires, Fondo de cultura económica, 2005, pp. 157-168, con el título “El mecanismo del reconocimiento ideológico”, trad. de Mariana Podetti; el fragmento corresponde extractos de las pp. 127-142 de la edición original. En portugués se dispone de una excelente traducción realizada por Eni Pulcinelli Orlandi, Lourenço Chacon Jurado Filho, Manoel Luiz Gonçalves Corêa y Silvana Mabel Serrani, aparecida como *Semântica e discurso Uma crítica à afirmação do óbvio*, Campinas, Unicamp, 2009 (4° edición).
- 6 El trabajo de Pêcheux fue “Remontémons de Foucault a Spinoza” en Monteforte Toledo, Mario, *El discurso político*, México, UNAM/Nueva Imagen, 1980, pp. 181-199.
- 7 *Análisis automático del discurso*, Madrid, Gredos, 1978, trad. de Manuel Alvar Ezquerra y *La lengua de nunca acabar*, México, FCE, 1984, trad. de Beatriz Job.

*para sí mismo*, una pura interioridad, si se lo considera desde sí mismo (como intradiscurso), pero sin embargo, como lo indicó Althusser para la ideología, es “no todo”, esto es, pura exterioridad, para la teoría materialista del discurso (considerado como interdiscurso). En este “no todo” se cifra la politicidad irreductible de la noción pecheutiana del discurso, que la hace refractaria a su configuración meramente técnica.

En *Les vérités de La Palice*, Pêcheux plantea que el *pons asinorum*, la cuestión clave del materialismo histórico, es abordar, precisamente, el problema que acabamos de plantear, de qué manera la ideología, no teniendo afuera para sí misma, puede ser un puro exterior para la ciencia. Lo que estaba en cuestión para Pêcheux era el problema que generaba el vínculo estrecho que él mismo establecía entre el discurso y la forma-sujeto del discurso. Si el conocimiento científico es un proceso sin sujeto, ¿se puede pensar a la ciencia como discurso? Y en tal caso, ¿sería el discurso de un sujeto, el discurso del sujeto de la ciencia? Pêcheux rechazó esta “salida”: la inherencia de la forma-sujeto en el discurso tornaba imposible un discurso científico. En su lugar, Pêcheux propuso pensar el “efecto de conocimiento” como un trabajo realizado sobre la forma-sujeto del discurso, pero no como su eliminación o su superación. Cabe entonces sostener que el problema que Pêcheux postulaba en 1975 como el problema teórico crucial del materialismo histórico retoma el problema de las transformaciones de las problemáticas planteado por Althusser en el prefacio de *Lire le Capital*: transformaciones que no deben pensarse como el desplazamiento de un sujeto, como un movimiento tendiente a colocarse en una posición que estuviera más allá de la forma-sujeto que refleja lo visible en una problemática, sino como transformaciones que ocurren “en el lugar”, como transformaciones del propio “espacio”, esto es, en la estructura de la problemática.

La cuestión es, entonces, qué debe ser este espacio, o bien, cómo pensar su estructura, en vistas de que aloja la posibilidad de semejantes transformaciones. Quisiéramos aquí meramente proponer una hipótesis de lectura: que las consecuencias más radicales del pensamiento de Pêcheux sobre este problema deben leerse en sus textos tempranos a partir de los planteos de sus textos más tardíos, como *La langue introuvable*, donde Pêcheux y Gadet recogen las reflexiones de Jean-Claude Milner en *L'amour de la langue*, sobre las consecuencias para la lingüística de la existencia del psicoanálisis, concentrándose en particular en la noción de “*lalangue*”. Milner

insiste en este texto en plantear la pregunta por lo real de la lengua, objeto de la lingüística. El punto de Milner es que “lo imposible de la lengua”, habida cuenta de la peculiar relación entre prohibición-transgresión en este dominio, distingue al objeto de la lingüística de otros objetos científicos. La prohibición lingüística es tal que las transgresiones hacen a su propia existencia, de allí el refrán antipopperiano que reza que “la excepción confirma la regla”. Lo real de la lingüística sería, entonces, *lalangue*, que no debe concebirse como un sustrato o un más allá de *la langue*, sino como la posibilidad de des-estratificarse inmanente a la propia lengua, tal como se exhibe paradigmáticamente en las formaciones del inconciente. El concepto de “*lalangue*” nos permite pensar a *la langue* como el resultado de una operación de estratificación, entendiendo por esto el establecimiento de distinciones entre niveles de discurso análogas a los tipos russellianos. La estratificación propia de la lengua estaría *siempre ya dada*, pero también *siempre ya desbordada*. Sin embargo, la lingüística se ha obstinado en pensar su objeto bajo la forma de la mera legalidad, esto es, como un dominio de objetos estables. De ahí que en el momento en que comenzaron a estudiarse los procesos sociales que subyacen a la constitución de las lenguas tal como las conocemos, vinculados con las necesidades de la economía burguesa a escala nacional (constitución de las lenguas nacionales a través de una alfabetización general y de su uso legal en un territorio dado), el espacio de la lingüística se configuró en torno a las polaridades del racionalismo (logicismo) y del empirismo (sociologismo, enunciación, poder instituyente). Esta partición del campo de la lingüística se ha prestado a una lectura realizada con la clave de una politización simple, donde la figura de la norma sería conservadora, la representación de la imposición política en la lengua, y la posición empirista remitiría al sentido desnudo, antes de cualquier mediación, a una suerte de libertad sin imposibilidad, lo que *in extremis* lleva a un coqueteo con las figuras del “buen salvaje”, o en su versión contemporánea, a la del “buen esquizofrénico”. Pero el planteo de la pregunta por lo real de la lengua escapa a esta politización simple y dicotómica. Frente a esto hay que recordar que también los amos recurren, en ocasiones, a lo imposible. La pregunta por lo real de la lengua remite a la existencia de la partición entre correcto e incorrecto, al hecho de que en una lengua “no todo puede decirse”, aunque, sin embargo, lo prohibido se diga, inevitablemente. Por sus características contradictorias, a diferencia de la partición

entre correcto e incorrecto con la que trabaja el racionalismo, la partición contradictoria de lo real de la lengua no remite a un Orden. Milner piensa lo real de la lengua como contradicción, distinguiendo así lo imposible de la lengua, contradictorio en cuanto tal, de sus acuñaciones imaginarias, que constituyen lo meramente prohibido. Allí donde Pêcheux y Gadet se apartan de Milner es en la posibilidad de reencontrar lo real de la lengua en el interior de una complejidad también contradictoria, posibilidad que proviene de su adscripción al marxismo. En consecuencia, las alternativas que en el terreno de la lingüística son consideradas como excluyentes, carentes de afuera, podríamos decir, son vistas por Gadet y Pêcheux como los dos cuernos de un dilema, polaridades de una misma ideología, la de la política burguesa en relación a la lengua. La burguesía estuvo exigida desde el siglo XVIII de constituir una lengua nacional uniforme que acoja las diferencias subordinándolas (como lenguas regionales, dialectales), y de distinguir entre una lengua dura de la producción y el derecho y una lengua volátil de la publicidad comercial o política.<sup>8</sup> Si se nos permite jugar con las consignas de mayo de 1968, Gadet y Pêcheux cuestionan en el terreno de la lingüística una abolición de lo imposible (“Seamos realistas, pidamos lo imposible”) mediante una colocación de la “imaginación en el poder”..., restringida a la lingüística..., esto es, a la producción de teorías de la enunciación que tienden a restablecer los derechos irrestrictos de un sujeto concebido como fuente de sentido.

La cuestión de lo imposible de la lengua planteada por Milner se inscribe en una tradición de reflexiones sobre la “estructuralidad de la estructura”, donde varios pensadores descubrieron una contradicción que constituye a la estructura en cuanto tal. Las batallas sobre la primacía de la arbitrariedad o del principio del valor en Saussure, reavivadas a partir del hallazgo de sus trabajos sobre los anagramas, o las reflexiones de Lévi-Strauss sobre Mauss al explorar el concepto del significante flotante, carente de significación en cuanto tal, a la vez interior y exterior a la estructura, a un mismo tiempo central y marginal, dan pie para concluir, con Derrida, que la estructura así concebida pasa a tener un centro ausente o directamente a carecer de centro y abrirse a un juego semiótico ilimitado, aunque se reniegue de ello. En el campo althusseriano, los conceptos de determinación en

---

8 Una consideración del caso latinoamericano debería tener en cuenta otros factores, también resistentes a una politización simple: la lengua en medio del proceso de conquista y colonización; la lengua como elemento emancipatorio vinculada al proyecto de la unidad latinoamericana.

última instancia y de sobredeterminación dieron lugar a un intenso debate sobre el término de doble función de la economía (estructurante-estructurado). *Lalangue* remite ahora a aquello que está siempre rebasado en la lengua, prohibido de decir pero dicho, oculto pero sin embargo a la vista de todos: la materialidad del significante. Volviendo al hecho de que la ideología “no tiene afuera”, pero que “no es más que afuera”, podemos ahora sugerir que el afuera de *la langue* es *lalangue*.

Por su parte, el alcance de la influencia de Pêcheux en el mundo anglófono ofrece un marcado contraste con el caso latinoamericano. Si bien *Les vérités La Palice* fue traducido al inglés en 1982, y *Analyse Automatique du Discours* lo fue en 1995, muchos textos cruciales, que van desde los textos tempranos publicados en *Cahiers pour l'analyse* a un cúmulo de artículos frecuentemente escritos en coautoría que aparecieron en el último lustro de su vida, y fundamentalmente *La langue introuvable* (1981), permanecen sin traducir. Esta indisponibilidad de algunos de los textos claves de Pêcheux es todavía más notable a la luz del resurgimiento del interés por Althusser y por aquellos que trabajaron cerca del mismo, desde Balibar y Macherey a Badiou y Rancière. Después de todo, fue Pêcheux, más que cualquier otro de los “althusserianos”, quien intentó lidiar con las contradicciones del ensayo sobre los Aparatos Ideológicos de Estado (AIE), el trabajo de Althusser más frecuentemente citado en el mundo de habla inglesa. Pêcheux reconoció el abordaje funcionalista de la reproducción de las fuerzas y relaciones de producción en este texto, al mismo tiempo que intentó desarrollar las líneas de pensamiento que en el interior del mismo resistían a su absorción en un modelo funcionalista de la reproducción del capitalismo, para captar los momentos aleatorios de lo que era generalmente entendido como una sistematicidad sin sobresaltos. Este trabajo requería un desvío: pensar la necesidad, en este caso la necesidad de los Aparatos Ideológicos de Estado y de la interpelación de los individuos como sujetos que tiene lugar en los mismos, como el resultado contingente de la lucha y del encuentro, requería reconocer la presencia del discurso en este proceso. Pero postular lo que podríamos llamar la mutua inmanencia del discurso y la ideología en su existencia material, requería a su vez de una teoría materialista del discurso. Fue precisamente en este punto que Pêcheux perdió a muchos de sus lectores anglófonos, especialmente aquellos interesados en el ensayo de Althusser sobre los AIE. Hoy,



treinta años después de su muerte prematura, hay signos de un nuevo interés en Pêcheux —de lo que el presente número de *Décalages* constituye una expresión— pero, sin embargo, es preciso confrontar y analizar los obstáculos que en alguna medida siguen entorpeciendo la apreciación y la comprensión del pensamiento de Pêcheux en el mundo de habla inglesa.

La naturaleza de algunos de estos obstáculos es sorprendente. El ensayo de Althusser sobre los AIE transformó de manera irreversible el modo en que pensamos acerca de la serie de cuestiones que se solían designar con el término “ideología”. La potencia del ensayo, sin embargo, no radica en haber solucionado viejos problemas, sino ante todo en la serie de nuevos problemas a los que dio lugar, en particular aquellos que tienen que ver con el mecanismo de sujeción y de subjetivación. Como podemos saberlo ahora, luego de la publicación póstuma de “Tres notas sobre la teoría de los discursos”, la serie entera de los problemas que se plantearon en torno al concepto de interpelación, habían emergido como tales varios años antes de que Althusser escribiera el manuscrito del cual el ensayo de los AIE fue extraído. Fue en las “Tres notas...”, texto que contenía las contribuciones de Althusser a una discusión sobre la “la teoría de los discursos” que incluía a Balibar, Macherey, Badiou y, aunque su nombre no figura en el prefacio editorial, también a Michel Pêcheux, donde Althusser usó por primera vez el término “interpelación” de una manera sistemática. Fue allí que “interpelación” reemplazó por primera vez a términos como “imputación” o “atribución”, para capturar el carácter específico del sujeto del discurso retroactivamente producido como su centro y origen. Las preguntas acerca de si todo discurso, incluyendo al discurso científico, “reclutaba” sujetos de esta manera (o acerca de si lo hacía o no) y acerca de sobre cuáles bases podemos distinguir los diferentes tipos de discursos más allá de las posiciones de sujeto específicas de los mismos, han preocupado indudablemente a Althusser.

El resultado de este trabajo, y no podremos entender el itinerario de Pêcheux (o la recepción de su obra) a menos que lo reconozcamos, ha pasado desapercibido: *el hecho de que el “discurso” como un concepto, e incluso como una palabra, ha desaparecido casi completamente del ensayo sobre los AIE, en el que aparece sólo en doce oportunidades. De estas doce ocurrencias, sólo dos refieren a la discusión sobre el discurso de la cual surgió la teoría de la*

interpelación ideológica de los individuos como sujetos. En la primera Althusser recuerda el hecho de que el conocimiento de la ideología sólo puede desarrollarse “desde dentro”, a través de una resistencia a la imposición de la forma sujeto para permitir que un discurso “sin sujeto”, y por tanto científico, pueda surgir: “[hay que] esbozar un discurso que intente romper con la ideología para atreverse a ser el comienzo de un discurso científico (sin sujeto) sobre la ideología”. En la segunda, Althusser enumera las “modalidades de la materialidad”, las que incluyen no sólo la materialidad de “un discurso verbal externo”, sino también la de un discurso verbal “‘interno’ (la conciencia).” Ambos elementos, la posibilidad de un discurso sin sujeto y la re-definición de la conciencia operada al situar su existencia en el interior de la materialidad del discurso, fueron elementos cruciales de la refundación althusseriana del concepto de ideología: Pêcheux fue uno de los pocos que “osó” formular de una manera sistemática las preguntas contenidas en estas observaciones y que atendió a las advertencias de Althusser (al hablar como si se refiriera a su propio flirteo previo con la teoría del discurso) de que: “Los lingüistas y los que se refugian en la lingüística con fines diversos tropiezan a menudo con dificultades que resultan de su desconocimiento del juego de los efectos ideológicos en todos los discursos, incluso los discursos científicos.” De hecho, la propia escasez de tales referencias parecía implicar que Althusser había abandonado, de manera deliberada y necesariamente (desde un punto de vista teórico), el concepto de discurso a favor de la noción de aparato ideológico al esforzarse por identificar la modalidad o las “modalidades de la materialidad” específicas de la ideología. El sentido de una “progresión”, desde el discurso a los aparatos, acabó por ser sobredeterminada por lo que pareció ser una trayectoria semejante en la obra de Michel Foucault. En efecto, la elaborada teoría del discurso desarrollada en la *Arqueología del saber* fue abandonada pronto, súbitamente, para la consternación de un significativo contingente de seguidores de Foucault, para ser reemplazada, en *Vigilar y castigar*, por la “disciplina”, concebida como la encarnación material o no discursiva en la que el discurso se encuentra siempre ya realizado. Un argumento de esta clase, sin embargo, está expuesto a algunas dificultades en el caso de Althusser. En primer lugar, supone que la obra de Althusser puede ser comprendida como la resolución progresiva de problemas guiados por una racionalidad interna a los mismos, como si el último

Althusser fuera necesariamente superior al anterior. Desde esta perspectiva, el breve e inconcluso intento de Althusser de elaborar una teoría de los “discursos” y la relación entre ideología, tal como Althusser la entendía (esto es, como un conjunto de prácticas de sujeción/subjetivación, o mejor aún, como una serie de lugares de lucha en torno al proceso de sujeción/subjetivación), y el discurso, debería ser vista como una suerte de formación de compromiso destinada a ser dejada de lado en favor de modelos más adecuados.

La trayectoria entera de Pêcheux puede entenderse como un rechazo de esta concepción y como un reconocimiento del lugar que el discurso debe necesariamente ocupar en la teoría de la ideología. En consecuencia, si su trabajo sobre el concepto de discurso, y sobre la lingüística en sentido amplio, no puede reducirse al problema de la ideología, en particular en los efectos que el mismo ha tenido, no debe soslayarse que este trabajo fue llevado a cabo teniendo a este problema constantemente en la mira. Las reflexiones de Pêcheux sobre el lenguaje rara vez se ponen a mucha distancia del ensayo althusseriano, de sus “ideas”, de su vocabulario cuidadosamente calculado, incluso si, en una serie de trabajos que van desde *Les vérités de La Palice* a sus últimos ensayos, intenta precisamente identificar la manera en que las aporías del ensayo sobre los AIE son inseparables del problema del lenguaje, o mejor dicho, del discurso. La aguda conciencia que Pêcheux poseía del carácter elíptico y radicalmente incompleto del texto de Althusser y su convicción de que los problemas que plantea no podrán ser, no digamos ya resueltos, sino incluso formulados, más que por medio de una teoría del discurso que no existía aún, le dió a su trabajo un sentido de la urgencia que no ha sido siempre apreciado. Fue, al menos en parte, este imperativo el que empujó a Pêcheux (en colaboración con una cantidad de otros investigadores, que incluían a Françoise Gadet, Paul Henry, Claudine Haroche, Catherine Fuchs y otros) a sentar los fundamentos de una teoría materialista del discurso. A su vez, este proyecto hizo necesario discutir, en *La langue introuvable* (junto con Gadet), el concepto de “*langue*” en su dependencia de los modelos metafísicos que están por detrás del logicismo y del formalismo de la lingüística estructural y la Gramática Transformacional Generativa, para abrir el camino para el estudio del discurso en su existencia material.

Puesto que la trayectoria impuesta a Pêcheux por los conflictos específicos del ensayo althusseriano sobre los AIE, paradójicamente

le quitó interés para los siempre crecientes lectores anglófonos de este ensayo, para quienes el término “discurso” llegó a ser un signo de los excesos idealistas de la filosofía francesa (“no hay nada fuera del discurso”), es imperativo entender que el abandono del “discurso” por Althusser se desprendió de posiciones no sólo distintas sino diametralmente opuestas a aquellas en las que se basaba el rechazo anlogo-norteamericano del “giro lingüístico”. La inquietud en relación al “descenso en el discurso”, se fundamentó en un dualismo jerárquico del espíritu y la materia, de la mente y el cuerpo, de palabras y cosas, que tanto Althusser como Pêcheux rechazaron vehementemente. Fue precisamente la insatisfacción de Althusser con su propia explicación de la materialidad irreductible del discurso, es decir, el hecho de que el discurso no era ni una representación, reflexión o expresión determinada por algo más real que sí mismo, en relación con lo cual estaría destinado a ser considerado como una emanación secundaria y derivada, lo que lo llevó a dejar de lado el problema del discurso. Las “Tres notas...” de Althusser naufragaron en relación al problema de la causalidad: si el discurso no estaba determinado por una causalidad expresiva, dado su materialidad, ni por una causalidad transitiva del contacto directo con materialidades extra lingüísticas, ¿cómo podría producir efectos reales? Aquí vemos los efectos de la ausencia del concepto de causalidad estructural que había identificado en *Lire le Capital*, una ausencia que torna imposible la explicación del discurso y de sus efectos.

De este modo fue como le quedó a Pêcheux la tarea de desarrollar no sólo una teoría de la materialidad del discurso, sino también, lo que tal vez sea más importante, una teoría de la materialidad del discurso y de las formas de causalidad inmanentes en el discurso. Los requisitos de esta tarea lo condujeron desde el eje vertical de la representación o la expresión (la teoría para la cual el discurso sería la realización de un enunciado o de un grupo de enunciados previamente existentes en un estado latente como parte de un sistema de enunciados potenciales) al eje de la horizontalidad de la efectividad específica del discurso: ¿cómo el discurso produce los efectos de sentido? ¿cómo el discurso produce el efecto sujeto? Más precisamente, y el gran interés de la obra de Pêcheux radica precisamente aquí, la interpelación debe ser comprendida no sólo como el hecho de ser llamado o convocado por medio del lenguaje, sino también como la producción simultánea de los gemelos siameses de la ideología: la obviedad (*évidence*) y el olvido (*oubli*). Es el

concepto de discurso lo que le permite a Pêcheux extraer estos conceptos del registro de la subjetividad, la conciencia y la interioridad para otorgarles una realidad “objetiva”, externa e inconsciente que no existe más que en la superficie del lenguaje. El discurso, operando a través de los procesos de sinonimia y de sustitución, determina no sólo lo que puede y no puede ser dicho (y pensado), sino también lo que debe ser dicho, lo que no puede sino decirse. Su agudo sentido de lo que solía llamar “la línea de menor resistencia”, lo mantenía alerta, en este caso, en relación a los distintos formalismos y funcionalismos y sus “obvias” explicaciones del funcionamiento del discurso, completamente inaceptables para Pêcheux. Remitiéndose al psicoanálisis y la teoría del *lapsus*, los actos fallidos y el retruécano, encontró su camino hacia lo que Althusser llamaría un materialismo del encuentro o un materialismo aleatorio. Pêcheux, inspirado en Freud y Lacan, propuso lo que podríamos llamar un materialismo aleatorio de la letra, una insistencia en la primacía de lo inconsciente, del sonido sobre el sentido, del trabajo de la homonimia y los juegos de palabras, como si la bruta materialidad de la escritura o el sonido perpetuamente desplazaran el significado y perturbaran el orden mismo del discurso, él mismo coextensivo con el orden social que es constantemente perturbado por sus enemigos internos, de modo que su equilibrio no es más que un equilibrio de fuerzas en conflicto. Pêcheux fue en realidad lo contrario de un teórico del orden del discurso: buscó comprender, con una energía extraordinaria y una agudeza que nunca lo abandonó, los virajes por los que una palabra se desvía de la secuencia ordenada a la que pertenece, el retorno de las expresiones sobre sí mismas mediante un vaciamiento del significado, la interrupción, la brecha, la vacilación donde algo nuevo puede ser pensado.

Para concluir, querríamos mencionar un último elemento que hace de Pêcheux un pensador ineludible en la coyuntura actual, en particular en función de lo que deja leer su trabajo sobre *lalangue* en sus trabajos previos. En efecto, Pêcheux ha reconocido como pocos las peculiaridades de la interpelación ideológica en el neoliberalismo. Pêcheux llega a pensar algunas cuestiones que tienen que ver con la reconfiguración de las relaciones de producción organizadas bajo el supuesto de un inmenso ejército industrial de reserva. La interpelación neoliberal contrasta por su carácter iconoclasta con cierta seriedad de la interpelación en contextos keynesianos o del “*welfare state*” . El neoliberalismo cambió la modalidad en la

operación de los aparatos ideológicos de estado, de manera tal que si uno compara su operación con la que tenía lugar en el período anterior, impresiona como un retiro (comparativo insistimos) de los mismos. Ya no se trata de aparatos encerrando grandes masas para producir individuos dóciles y útiles. En efecto, la función de *Träger* de las relaciones de producción pierde estabilidad, comparativamente, en el contexto neoliberal. Allí donde Althusser hablaba de que los sujetos “marchan solos”, como si hubiera caminos establecidos más o menos fijos, o de los “obreros de por vida”, como un efecto paradigmático de la lucha de clases, alude a un conjunto de realidades que hoy aparecen como una figura amarga que sin embargo grandes contingentes humanos mirarían con cierta envidia. La aceleración vertiginosa en la movilidad de la función de *Träger* ha transformado el carácter de la interpelación ideológica. Lo que ya en 1975 Pêcheux marcaba como la aprehensión del mecanismo de la interpelación en el chiste (“Soy mi papá, llamo para avisar que Pablo no va a poder ir hoy a clase”), y la proliferación de los chistes, juegos de palabras y retruécanos en *Les vérités de La Palice*, que al propio Pêcheux le asombrarían al lanzar una mirada retrospectiva sobre esta obra pocos años después, tal vez no sean tanto una falla en el mecanismo de la interpelación donde este queda expuesto a plena luz, como una nueva forma de la interpelación, en un contexto diferente. Frente a una consigna como “abajo la explotación” la interpelación neoliberal podría responder “yo no soy un explotador... porque no tengo la chance de hacerlo” (“ya no hay más caníbales, me comí al último”), que conserva la identificación del sujeto con el Sujeto y los supuestos humanistas y en última instancia reafirman al *homo oeconomicus*, pero que al estar mediados por la ironía y el cinismo, al plantearse como “la excepción que confirma la regla” que veíamos como definitoria de lo real de la lengua, es un poco más refractaria a ser intervenida por un discurso filosófico clásico, que tiende a pensar en términos de objetos estables. No sorprende sin embargo que siendo estas las condiciones de la interpelación ideológica, las formas filosóficas dominantes desde los años 80 hayan dado preferencia a las referencias a la frivolidad, la ironía, el pensamiento débil, detrás de las que se deja de oír la referencia a la naturaleza humana (al Sujeto), aunque en las formas de un egoísmo o de una finitud postuladas como irrebasables. En este contexto, Pêcheux nos advertía, ya desde sus artículos en *Cahiers pour l'analyse* de la importancia de una escucha social que pueda atender al *Witz* que se filtra, como la otra

cara, como la rajadura de esta interpelación. En *La langue introuvable* esta apuesta se encuentra redoblada, proponiéndonos distinguir entre las formas del *joke*, complacientes con la interpelación ideológica, los lugares donde la interpelación se inmuniza de la contradicción asumiéndola abiertamente, de aquellas otras formas, también en el límite o en el margen del sentido, en las que la interpelación exhibe su fragilidad, su exterioridad, su carácter persistente de “no todo”. Michel Pêcheux es, entonces, para nosotros, uno de los nombres de una tarea inmensa.